Nombre: _____ Fecha: _____

La radio de la cocina

Lea el relato con calma. Si lo desea, léalo dos veces.

En una casa de vecinos de Córdoba había seis puertas alrededor de un patio, un pozo, muchas macetas de geranios y una sola radio. Era de Rafaela: una caja de madera barnizada, con botones de baquelita y un dial que se iluminaba de color ámbar. Al encenderla tardaba un rato en calentarse, y mientras tanto zumbaba como un abejorro atrapado.

Rafaela la tenía en la cocina, sobre una repisa, y a las cuatro de la tarde subía el volumen y abría la ventana. Era la hora del serial. Enseguida salían las vecinas al patio con sus sillas de enea: Encarna, con la labor de ganchillo; Dolores, con un cesto de guisantes para desgranar; y la señora Amalia, que decía que esas historias eran tonterías y no se perdía ni un capítulo.

Después del serial venía el programa de discos dedicados. Los oyentes mandaban una postal a la emisora, y el locutor leía los nombres con voz de terciopelo antes de poner la canción: «Para Antonio, de su madre, que no lo olvida». Las vecinas comentaban cada dedicatoria como si conocieran a toda la gente de la provincia.

Un día de octubre, mientras Rafaela fregaba los platos, las tres vecinas cuchichearon junto al pozo. Amalia, que tenía la mejor letra del patio, escribió una postal, y Encarna la echó al buzón de la plaza. Durante dos semanas ninguna dijo nada, y eso, en aquella casa, era casi un milagro.

El día del santo de Rafaela, a las cinco y diez, el locutor carraspeó: «Y ahora, para Rafaela, la de la radio de la cocina, de parte de sus vecinas del

La radio de la cocina (sigue)

patio, que le agradecen tantas tardes de compañía». Sonó una copla. Rafaela soltó el cucharón dentro de la olla del puchero y se asomó a la ventana. En el patio, Encarna, Dolores y Amalia aplaudían con las sillas ya colocadas.

—¡Sinvergüenzas! —gritó Rafaela, riéndose, con los ojos brillantes—. ¡Y yo sin enterarme de nada!

Aquella noche el puchero se pegó un poco, pero nadie se quejó. Rafaela puso la radio en el alféizar para que se oyera mejor en el patio, y se quedaron todas escuchando hasta que el locutor dio las buenas noches. Desde entonces, cada vez que aquella copla sonaba en la radio, alguna vecina subía el volumen y gritaba hacia la cocina: «¡Rafaela, que es la tuya!».

Para conversar. No hay respuestas buenas ni malas: cuente lo que recuerde.

- ¿Recuerda usted la radio de su casa o la de algún vecino? ¿Cómo era?
- ¿Qué programas de radio escuchaba usted? ¿A qué hora los ponían?
- Si hoy le dedicaran una canción en la radio, ¿cuál le gustaría que sonara?
- ¿Escucha usted la radio hoy en día? ¿Qué le parece si la compara con la de antes?

La radio de la cocina: preguntas

1 Sin mirar el relato, conteste a estas preguntas. Si no recuerda alguna, vuelva a leer esa parte.

1. ¿En qué ciudad estaba la casa de vecinos?

2. ¿De qué color se iluminaba el dial de la radio?

3. ¿A qué hora empezaba el serial?

4. ¿Qué llevaba Dolores en el cesto?

5. ¿Quién escribió la postal para la emisora?

6. ¿Qué soltó Rafaela al oír la dedicatoria?

2 Ordene lo que pasó: escriba 1, 2, 3 y 4 en las casillas.

- [ ] Rafaela pone la radio en el alféizar.
- [ ] Las vecinas escuchan el serial en el patio.
- [ ] El locutor lee una dedicatoria para Rafaela.
- [ ] Amalia escribe una postal para la emisora.

La radio de la cocina: soluciones

1 Preguntas de recuerdo

1. ¿En qué ciudad estaba la casa de vecinos?
   En Córdoba.

2. ¿De qué color se iluminaba el dial de la radio?
   De color ámbar.

3. ¿A qué hora empezaba el serial?
   A las cuatro de la tarde.

4. ¿Qué llevaba Dolores en el cesto?
   Guisantes para desgranar.

5. ¿Quién escribió la postal para la emisora?
   Amalia.

6. ¿Qué soltó Rafaela al oír la dedicatoria?
   El cucharón.

2 Orden de los hechos

4 Rafaela pone la radio en el alféizar.

1 Las vecinas escuchan el serial en el patio.

3 El locutor lee una dedicatoria para Rafaela.

2 Amalia escribe una postal para la emisora.